

Asteriscos

* Ana María Zubieta (comp.) *De Memoria. Tramas literarias y políticas: el pasado en cuestión*. Buenos Aires: Eudeba, 2008, 216 p.

HAY QUE SER CRUEL CON LA MEMORIA ¹

Hay que ser cruel con la memoria. ¿Por qué debí anotar esta frase en la última página del libro *De memoria*? No se trataba de una frase que pudiera olvidarse, ni tampoco que requiriera de un desarrollo imprescindible. ¿Y qué quería decir con “hay que ser cruel con la memoria”? ¿Acaso se puede ser cruel con la memoria? ¿Qué ganaríamos siendo crueles con la memoria? Si nos empeñáramos en recordar lo doloroso, seríamos crueles con nosotros mismos, y si se lo recordáramos a otros, seríamos intolerantes, vengativos, fácilmente sádicos, pero la memoria, que no es una persona, ni un personaje, ni una personificación, sino la mismísima substancia impersonal de la que estamos hechos, ¿se afectaría?, ¿cambiaría su signo?, ¿nos entregaría su enigmática condición?, ¿terminaríamos por dominarla, sojuzgarla, nos apropiáramos de ella? Su carácter huidizo e inasible convierte estas preguntas retóricas en necesarias e imposibles. Mecanismo, repetición mecánica, tanto en el substrato biológico, como en el psiquismo o en la vida social, es más que un suelo inerte o un mero soporte inocuo. Siempre nos traiciona, nos abandona siempre; queremos que nos traicione y traicionarla, con la memoria creemos saber lo que en realidad no hemos sabido nunca. Verdadero artífice del conocimiento, sin embargo, hace que la sola racionalidad se empantane y se enrede en los engañosos afectos, y todo cuanto creíamos saber se colorea con otro matiz de verdad que podría trastornar nuestra sabiduría. Tiene razón Ana María Zubieta, la compiladora del libro, en asociar el título *De memoria* con la experiencia escolar argentina, para la cual la expresión “estudiar de memoria” equivalía a la mecanización improductiva y poco inteligente, y tiene razón también en reivindicarla, pues en la memoria que repite escolarmente se aloja la voz del otro.

Y Ana María vuelve a tener razón cuando cita “Los recuerdos encubridores” de Freud, porque tramposa, engañada y engañosa, la memoria mantiene con nosotros una relación equívoca. Por lo tanto, *hay que ser cruel con la memoria*. Ser cruel con la memoria equivaldría entonces a cierta forma del encarnizamiento que se ejerce con los demás y con nosotros mismos, no por imperio de la maldad, sino para desplegar el conocimiento que no acaece pacíficamente y no levanta sus velos sin proporcionar a alguien algún dejo de dolor.

Secreta o manifiesta, en el corazón de la memoria hay siempre una guerra. No se trata aquí del preanuncio de una guerra ya desatada durante el ascenso lopezrreguista que Adriana Imperatore muestra con impecable elegancia crítica en su trabajo sobre las novelas de Luis Gusmán, ni de la doble o triple guerra que los textos de Pedro Lemebel “entre el camp y el kitsch” entablan con el régimen de Pinochet en el texto de Alicia Montes, ni tampoco de la guerra del General Paz, a través de la cual Oscar Blanco nos revela que el género memorias –o la guerra de la memoria– se libra siempre en el futuro, para un imaginario –pero cierto– tribunal cuya residencia está en el porvenir. La guerra es en la memoria y por la memoria misma.

Lo que nos cuentan los artículos de este libro es ese combate que subyace no en una memoria sola, sino en las memorias plurales de la historia latinoamericana. El libro *De memoria* nos convence de que en toda memoria se despliega una batalla, y del afán agónico con que las comunidades rememoran su historia. Es ocioso decir que para la cultura argentina la expresión “de memoria”, o la simple mención a la memoria nos remite al pasado reciente, al trauma de la guerra y a la memoria traumatizada por el genocidio dictatorial. En este

¹ Texto de la presentación del día 27 de noviembre de 2008 en la UBA, Centro Cultural Paco Urondo, Ciudad de Buenos Aires, del libro: Ana María Zubieta (comp.) *De Memoria. Tramas literarias y políticas: el pasado en cuestión*., Buenos Aires, Eudeba, 2008.

convencimiento reside el tácito pacto que propone el libro. Ya sabemos que los trabajos académicos son renuentes a declarar su mensaje por un prurito de objetividad, pero para los lectores estará claro que en el origen de la memoria hay una guerra y su implícito llamado a la justicia, a la redención por la justicia. *En el corazón de la memoria hay una guerra*. La versión pacífica de la memoria, en cambio, es la nostalgia por el pasado inmodificable, tal cual es, en sí mismo, perdible e irrecuperable. Si, en cambio, en el origen del recordar hay una guerra, la memoria será una batalla y cuanto se recuerda participa en unas estrategias por reacomodar el sentido de la historia.

Hay que ser cruel con la memoria. Lo que equivale a decir que hay que ser crítico con la memoria, obrar críticamente con los materiales de la historia. Este es otro acuerdo u otro presupuesto del libro que presentamos hoy, un acuerdo que insistirá en un convencimiento: para ser críticos con el material de la memoria no alcanza con el contenido de los archivos o lo que transmite la memoria colectiva, familiar o individual, importa el cómo, los procesos del recordar, la construcción de las narraciones y las inflexiones de los narradores (la memoria elige la economía de la narración para hacer inteligibles los procesos del pasado, como aquí nos muestra, a propósito de dos recuerdos infantiles de César Vallejo, Enrique Foffani). Es en este punto en que la elaboración crítica recurre a la teoría, y no solamente porque muchos de los colaboradores del libro enseñan esta disciplina académica, sino por un deseo de reflexión que los aleja de la complacencia memorialista, la confianza en las ideas recibidas o la ingenuidad referencial que evita las elucubraciones teóricas como mediaciones engorrosas e innecesarias. Será por ese sesgo teórico voluntario que la memoria y las memorias de Edward Said insisten en dos artículos que le están dedicados, el de Patricio Montenegro (“Edward Said entre el archivo y el testigo”) y el de Marcelo Gómez (“Edward Said: la grieta”). *Fuera de lugar*, el libro autobiográfico de Said insiste porque se trata además, como dice Gómez, de una memoria combativa, de una lucha contra el Imperio que ha dejado una identidad escindida. Así, la escritura de las memorias sería siempre el testimonio de una catástrofe real, imaginada o vislumbrada, o para decirlo con vocabulario de Blanchot, *la escritura del desastre* (el desastre de la guerra, el del pueblo palestino, el desastre que causa una lengua reprimida, y finalmente, aquello que urge la escritura de Said acechada por la enfermedad: la inminencia de la muerte). En este sentido, Said en tanto crítico ha sido cruel con la memoria.

Y quizá no sólo el desastre (o la catástrofe) acecha el interior de la memoria, sino que se anida en la teoría que quiere dar cuenta de ella, en la propia historia de la teoría literaria y de la filosofía: en las biografías, lo que equivale a decir, en el destino colectivo. Bastaría mencionar el nombre de Heidegger, o más cercano a las vicisitudes de la teoría literaria, el de Derrida, ese *piet-noir* judío que reflexiona sobre la memoria (sobre las memorias) de su amigo muerto, Paul de Man, desconociendo todavía el gesto de ocultamiento y desmemoria que éste ha intentado para que sea olvidado su colaboracionista canto a favor de la “solución final” para los judíos, escrito durante la ocupación alemana en Bélgica.

En el corazón de la memoria hay siempre una catástrofe. No sé si todos los autores de este libro estarían de acuerdo con semejante generalización que, por cierto, no hacen, pero me parece que es absolutamente legible en cuanto han escrito. Y no solamente porque la palabra “catástrofe” aparezca manifiestamente en el capítulo de Nora Rabotnikoff dedicado a la teoría de la memoria en Benjamin, sino por esa nota de crueldad o de destrucción que anida en la memoria misma, que en el caso de Benjamin, como dice Rabotnikoff, se dirige hacia el presente, “el impulso surge del presente y del deseo de destruirlo” (Zubieta 2008: 115). Que en este libro siempre se trata de catástrofes de la memoria lo prueba una y otra vez la mención a los sobrevivientes. La figura del sobreviviente es el auténtico testimonio de la catástrofe. Así son los que sobrevivieron al SIDA en el texto *Loco afán* de Pedro Lemebel, pero también los que sobrevivieron a Pinochet, según nos revela Alicia Montes. El General Paz, dice Oscar Blanco, se siente un sobreviviente que además escribe sus memorias como un testamento; es exactamente lo mismo que descubre Patricio Montenegro en las memorias de Edward Said: “sus memorias tienen como objetivo central ser el testimonio de un *sobreviviente*” (47, subrayado del autor). Por su parte, Pilar Calveiro comienza su capítulo “Tortura y desaparición de personas, nuevos modos y sentidos”, así:

Escribo este texto desde una incomodidad irresoluble que tiene que ver con el tema mismo pero también con mi posición en relación con él. He experimentado la tortura, he sobrevivido a uno de los campos de concentración de la Argentina en los años setenta y escribí luego algunos textos académicos sobre lo concentracionario. [...] Pero el lugar del sobreviviente –siempre inapelable como tal– coloca la vivencia en un lugar tan único que dificulta los usos de esa experiencia. (119, subrayado mío)

Pilar Calveiro, con puntillosa objetividad que produce escalofríos, homologa la tortura sistemática de la dictadura argentina que ella misma experimentó con los procedimientos actuales de la democracia occidental (notoriamente los del confinamiento en la base militar de Guantánamo, pero no solamente allí). Lo estremecedor de este trabajo es la conjetura verosímil de que el aparato represivo de la dictadura argentina fue perfectamente visible ante la tolerancia de la población, como son actualmente visibles los dispositivos ilegales que hacen desaparecer personas dentro de la legalidad del aparato estatal y que cuentan con la pasividad o la indiferencia de los medios masivos y la mayoría del público en general. Esta indiferencia que trata de conquistar el olvido es parecida a la que consigna, para la Argentina, Silvana Ravinovich: el olvido de un genocidio fundacional, esto es, los cuatrocientos mil descendientes de indígenas que habitan este país y que subsisten marginados, sobrevivientes actuales de las campañas al desierto.

Para la sobrevida de la memoria y ante la catástrofe que la memoria mienta, todos hemos sido sobrevivientes y testigos, por eso no escaparíamos de ella, ni podríamos sustraernos a las trampas y los espejismos de sus efectos, aunque nos empeñáramos en el esquivo o en el olvido intencional. La memoria exige una distancia crítica y por eso también quien, como Oscar Blanco, revisa las memorias de Paz, experimenta que su objeto de estudio desencadena una lectura inesperada del presente que lo compromete más allá de su investigación. La memoria nunca es inocua y siempre nos afecta.

Más nos afecta porque cuando creemos que se trata de un bien o un mal subjetivo, individual y propio, descubrimos que es colectivo, gregario, comunitario. La garantía de supervivencia de la memoria y su dialéctica de olvido dependen de este carácter colectivo; sus huellas se comparten y sólo son huellas porque se comparten. El derrotero del exilio que María Cristina Ares sigue en la novela de Sylvia Molloy *El común olvido* parece restringirse al plano individual, pero la alusión a un cuento de Nabokov (“La visita al museo”), centro de su análisis, nos sitúa en un espacio colectivo. Un espacio que, como el museo, lejos está de permanecer inmóvil, o como afirma Ares, “La paradoja se instala en el museo, pues siendo el ámbito consagrado a la preservación de la memoria, es él mismo el que posee la capacidad de alterarla [...]” (28).

Estos trabajos recopilados por Ana María Zubieta subrayan unánimemente el carácter colectivo de la memoria. Es así como Foffani desteje en *Trilce* una “dialéctica entre lo individual y lo colectivo”, y concluye que “Toda memoria tiene un carácter social registrable [...]” (160). Podría sintetizarse en una fórmula que Alicia Montes, amparada en Paul Ricoeur, nos proporciona: “para recordar un suceso se necesita siempre de los otros” (163).

La propiedad de la memoria es indeterminable y se entrega permanentemente a apropiaciones y reapropiaciones colectivas. El corazón de la memoria no pertenece a uno sino a muchos, se comparte; el corazón de la memoria es compartido. Silvana Rabinovich se encarga de mostrarlo con sutileza filosófica y literaria en su trabajo “Una canción ajena, como si fuera la propia”:

¿Quién puede decir que tiene un recuerdo? Al parecer, la memoria esquiva la propiedad privada y, en general es reacia a cualquier tipo de propiedad [...] La memoria es impropia por naturaleza y a veces raya en el impropio [...] (90)

A partir de un poema de Osip Mandelstam (“y puede suceder que más de un tesoro, / al esquivar a los nietos, pase a los bisnietos”), Rabinovich elabora una concepción de la memoria como ajena, como sujeta a la radical orfandad de lo humano. En el corazón de la memoria hay algo extraño, una extrañeza muchas veces irreductible, pero en su ajenidad radical quizá resida la posibilidad de que el tesoro que no se deposita en la generación de los nietos sea recibida por los bisnietos, según canta Mandelstam. Recordamos el recuerdo ajeno, el recuerdo de los otros, y no sabemos qué del recuerdo atesorado por nosotros será recogido o cuándo.

No quisiera machacar, pero ¿cómo no ser cruel con la memoria, si además de ese núcleo extraño o extranjero, hay una crueldad intrínseca en el recuerdo y en el olvido, una destrucción en obra incesante? Por lo menos, no hay que ser condescendientes con los discursos de la memoria. El libro que ha compilado Ana María Zubieta escapa de la trampa celebratoria y ejerce su crítica ante los usos mercenarios de la rememoración o del olvido. Esta ética crítica o esta política de la memoria se lee en cada uno de los trabajos, pero sobresale en aquellos en los que se exige una cierta perspectiva histórica y ética para hablar de la memoria en el presente, y particularmente de los discursos literarios o ficcionales. Siguiendo esta línea crítica, la innegable simpatía de Alicia Montes por la producción de Pedro Lemebel retrocede ante la novela *Tengo miedo torero*, sujeta a los parámetros del mercado, la tipificación y el

cliché (177). Lemebel cede su irreverencia anterior a una visión atenuada y contemporizadora, cae en lo que Andreas Huyssen llamó –nos dice Montes– la “mercantilización del trauma histórico” (185).

Algo parecido ocurre con el examen al que Ana María Zubieta en su capítulo “La tela de Penélope” somete la novela *El fin de la historia* de Liliana Heker. En vez de mercantilización, Zubieta encuentra en esta novela los énfasis sospechosos y falsificados de una monserga pedagógica. La transparencia didáctica es sospechosa por la simplificación regularizadora que ejerce sobre la complejidad de las tramas históricas (la memoria arrastra limos, rugosidades, ella misma es limosa, impura, transparente sólo por sacudidas, por golpes o estremecimientos que remueven el suelo en que se asienta). En efecto, como apunta Zubieta, la claridad pedagógica “degrada el dolor” (196). Sabemos que la memoria edifica costosamente sus construcciones, que no suelen ser geométricas, sino entregadas a la sorpresa, al acaso del futuro y de la experiencia futura. Como si dijéramos: la inteligibilidad que la memoria proporciona a través de sus representaciones es siempre oblicua, o también: la memoria está mediada por esa trama y es del mismo modo una mediación escarpada y escurridiza.

Ser cruel con la memoria significa estar atentos a esas incesantes edificaciones, ser críticos de cuanto se asienta o se construye en el entramado cultural, y particularmente, con las mitologías que proceden de manera contraria a la transparencia pedagógica. La extrañeza que se aloja en el rememorar rechaza la comodidad de lo establecido, lo revuelve, lo agita. Por eso Ana María Zubieta abre la consideración de la memoria social y cultural a problemas que entrañan dolor y revulsión: la vergüenza de la víctima, el pedido de perdón de alguno de los culpables, el arrepentimiento, la confesión pública, el secreto guardado y el secreto develado. Inquietante resulta su indagación que se centra en una franja de la novela argentina: Luis Gusmán, Liliana Heker, Patricia Sagastizábal. Lo inquietante y lo complejo reside en el deliberado contraste con el que Zubieta comienza su capítulo: con la confesión y el arrepentimiento de un represor, el Capitán Scilingo. Zubieta no pretende explicar la realidad por la conjetura literaria ni menos aún a esta por aquella, sino insistir en lo que llama “la convicción de lo imperdonable –jamás se pide perdón más que por lo que es imperdonable, jamás se tiene que perdonar lo que es perdonable: ésta es la aporía del perdón” (188).

Si ha habido una catástrofe en la memoria, si ha habido un genocidio en la inmediatez del tiempo vivido, si lo que las generaciones que lo vivieron tanto quieren la complejidad del recuerdo como la complejidad del olvido, nada habrá de simple ni de pacífico en el recordar o en el olvidar, en la herida recordada y en el imposible perdón. Si ha habido una catástrofe en el entramado natural de la muerte y de la vida, si todos somos sobrevivientes y la culpa y el perdón nos afectan todavía, la memoria no es un tema de especulación filosófica, literaria o académica más. Está en la encrucijada de ese proceso incesante y anónimo, vital y especulativo. El libro *De memoria* hace honor a ese sentimiento, honra todas las complejidades de la memoria.

Jorge Panesi

* Teresa Basile (comp.) *La vigilia cubana. Sobre Antonio José Ponte*, Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2009, 304p.

Si, como señala Basile en la “Presentación” del volumen, la obra de Ponte ocupa el lugar prototípico de cierta escritura latinoamericana finisecular, con su estética del desencanto, la ruina y la pérdida —anverso de una literatura sobresaturada de utopías—, la suma de ensayos que componen *La vigilia cubana*, constituye una lúcida cartografía crítica de esas metáforas. El texto parece afirmarse en un tipo de operación especular y expansiva, que tributa el gesto deconstructor del cubano, al tiempo que sitúa su obra dentro de familias, redes, tramas de extravíos, desvíos y estrabismos en un cuerpo en ruinas (¿el cuerpo de las literaturas latinoamericanas?). Y también, en la vigilia entendida como un tipo de lectura intersticial (abre grietas que exudan el óxido y filtran el aire) que socava los totalitarismos de la lectura, de la autoridad autoral, de las políticas nacionales y de los intervencionismos exógenos.

El texto en su conjunto nos permite armar un arborescente tejido de los usos poéticos de la ruina. Ya sea desde la poesía, el ensayismo, la novela o el cuento (todos los géneros y todo el género, transitados por Ponte) la acepciones que fraguan los trabajos críticos respecto del abandono, el desdén, la pérdida de sentidos, pero también la reivindicación de un lugar para el arte, el del margen, a contrapelo del canon teológico de la literatura cubana fuertemente centrado en la construcción de lo nacional político. Ponte viene a decirnos —replicando la voz casaliana— *es necesario imponer la estética sobre la vida*.